

¿QUÉ DEBEMOS PENSAR DEL CRISTIANO CARNAL?

(Ernest C. Reisinger)

INTRODUCCION

Muchas de las personas que asisten regularmente a la iglesia, que realizan labores en ella y conocen intelectualmente el evangelio, nunca hacen nada para Cristo. Parecen estar en paz con el mundo y con los enemigos del Señor. No tienen lucha con el pecado y, a excepción de unas cuantas expresiones sentimentales sobre Cristo, no existe ninguna evidencia de que hayan experimentado en lo más mínimo el poder del evangelio en sus vidas. Sin embargo, a pesar de toda la evidencia en su contra, se consideran a sí mismos lo que sus maestros les han enseñado: “cristianos carnales”. Como cristianos carnales creen que irán al cielo, aunque quizás no sea en primera clase y obtengan pocas recompensas.

La mayoría de los que leen estas líneas admitirán con rapidez que hay algo que está muy mal en la vida de estas personas; no se necesita ningún argumento para probarlo. Pero el aspecto más serio de esta situación muchas veces ni siquiera se reconoce. El error básico no es la falta de interés de estos fieles asistentes a la iglesia, sino la equivocación de sus maestros, quienes les han llevado a creer que existen tres grupos de hombres: el hombre inconverso, el “cristiano carnal” y el “cristiano espiritual”.

Mi propósito en este folleto es argüir que esta clasificación es incorrecta y exponer la respuesta positiva, histórica y bíblica a esta enseñanza del “cristiano carnal”. El argumento de la historia de la Iglesia no deja de ser importante ya que es cierto que hace menos de doscientos años esta enseñanza no era conocida en las iglesias de Norteamérica, pero me propongo apoyar mi caso en una declaración honesta de la enseñanza de la Biblia. He escrito luego de estudiar, orar y meditar en privado, y de usar muchos de los viejos y respetados comentarios de otras épocas, pero mi apelación básica es a la Palabra de Dios, y es a la luz de esta autoridad que pido al lector que considere lo que sigue.

También debo confesar que escribo como uno de los que por muchos años apoyaron y enseñaron la doctrina que ahora estoy convencido es incorrecta y que tiene muchas implicaciones peligrosas. Siento un profundo respeto por muchos de los que sostienen esa posición y no voy a atacar a personalidades, sino a lidiar con principios y con la interpretación de pasajes específicos de la Escritura en los que se basa esta enseñanza.

Cuando hablamos de temas controversiales, debemos tener en cuenta que la experiencia de un cristiano puede ser genuina aunque su comprensión de la verdad divina esté manchada de errores o ignorancia. También es posible que suceda lo opuesto, es decir, que la comprensión intelectual de un hombre puede ser buena pero su experiencia pobre. Es mi oración que si estoy errado en esta o cualquier otra doctrina sea corregido antes de dejar este mundo. Confío en que siempre estaré dispuesto a ser enseñado en la verdad divina.

Sé que una de mis motivaciones es igual a la de muchos de los que sustentan este equivocado punto de vista; a saber, incrementar la santidad bíblica y adornar la doctrina de Dios nuestro salvador.

Lo más importante para lograr este propósito es que asentemos el tema sobre las bases correctas. No quiero hacer una caricatura de la opinión de otros y luego demostrar mi éxito destruyéndolos. También tratare de evitar emitir aseveraciones desproporcionadas o parcializadas. Todavía estamos en el peligro de “oscurecer el consejo por medio de palabras sin conocimiento”. Es mi oración que este esfuerzo exponga verdades y que la existencia de opiniones variadas nos lleve a todos a buscar más en las Escrituras, a orar más y a ser diligentes para aprender cual es “la mente del Espíritu”.

Mi mayor dificultad será lograr ser breve porque este tema esta estrechamente relacionado y entretelado con la doctrina central de la Biblia, particularmente con la justificación y la santificación, las bendiciones centrales del nuevo pacto. El tema involucra por lo tanto el entendimiento de lo que es el evangelio y de lo que realmente hace en la vida de una persona cuando es aplicado eficazmente por el Espíritu. Nuestra postura sobre el tema también afectara nuestra opinión en cuanto a la relación que existe entre los Diez Mandamientos y el área de la santificación del creyente y de la doctrina bíblica de la seguridad de salvación.

Algunas de las preguntas fundamentales que debemos enfrentar son:

1. ¿Somos santificados de forma *pasiva*, es decir, “por fe” solamente, sin obediencia a la ley de Dios y de Cristo? Si la santificación es pasiva - un punto de vista que se presenta con el lema “déjate llevar y deja a Dios” - ¿Cómo podemos comprender aseveraciones apostólicas tales como “yo peleo”, “yo corro”, “pongo mi cuerpo en servidumbre”, “limpiémonos”, “trabajemos”, “despojémonos de todo peso”? Estoy seguro de que estas aseveraciones no expresan una condición pasiva, ni indican que por un solo acto poseeremos la experiencia de la “victoria” y nos convertiremos en cristianos espirituales y maduros?
2. ¿No minizamos la experiencia de una conversión genuina al instar al así llamado “cristiano carnal” a convertirse en un “cristiano espiritual”, magnificando así una supuesta segunda experiencia, sea cual sea el nombre que le pongamos – “una vida más elevada”, “una vida más profunda”, “una vida llena del Espíritu”, “una vida victoriosa”, “ recibir a Cristo como Señor, y no solamente como Salvador”, y así por el estilo? Las palabras que leemos en 2 Corintios 5:17: “De manera si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” no se refiere a una segunda experiencia sino más bien a lo que sucede cuando hay una conversión *real*.
3. ¿Ha terminado en crecer en la gracia el “cristiano espiritual”? Si no es así, ¿Cómo se le llamará en la medida en que continúe creciendo en la gracia? ¿Necesitamos entonces crear una nueva clasificación cuyos miembros sean los “cristianos súper espirituales”?

1. ¿Quién decide quienes son los cristianos carnales y cuales son exactamente los estándares que se utilizaran para determinarlo? ¿Son los “cristianos espirituales” los que deben decidir quienes son los “cristianos carnales”? ¿Es la Iglesia o el predicador quien decide donde se ha de establecer la línea divisoria entre las dos clases o categorías? Como todos los creyentes tienen un pecado remanente y pecan todos los días, ¿Cuál grado de pecado o cuales pecados en particular clasificarían a una persona como “cristianos carnales”?

¿No es cierto que todos los cristianos actúan algunas veces como hombres naturales en algunas áreas de sus vidas?

¿Los pecados Internos como la envidia, la malicia, la codicia, la lascivia (que incluye la inmoralidad a nivel mental) no demuestran la carnalidad tanto como los pecados externos y las manifestaciones visibles de otros pecados?

En Romanos 8:1-9 hay una división establecida, pero no en cristianos carnales y cristianos espirituales. Es una división entre los que andan conforme a la carne (los no regenerados) y los que andan conforme al Espíritu (los que están Cristo). No existe una tercera categoría.

De nuevo, en Gálatas 5:17-24 aparecen solo dos categorías o clases: aquellos que son guiados por el Espíritu y aquellos que hacen las obras de la carne. No hay un tercer o cuarto grupo o clase.

Mi propósito es entonces demostrar en estas paginas que dividir a los cristianos en dos grupos diferentes es antibíblico. También deseo mostrar las peligrosas implicaciones y los resultados al día de hoy de esta enseñanza.

La interpretación que trataré de establecer es el resultado del estudio de los comentaristas probados y respetados de otras épocas como Matthew Henry, Matthew Poole, John Gill y Juan Calvino; y teólogos como Charles Hodge (del viejo seminario de Princeton), James P. Boyce (fundador del primer Seminario Bautista del Sur), Robert L. Dabney (el gran teólogo del antiguo Union Seminary, de Virginia) y James H. Thornwell (distinguido teólogo sureño que fue catedrático de Teología en la Universidad de Columbia, de Carolina del Sur). También he examinado los escritos de Juan Bunyan y los viejos catecismos y confesiones, como el catecismo de Heidelberg, la confesión de Westminster (esa madre de todas las confesiones), la Confesión Bautista de 1689 (la Confesión de Londres, más tarde conocida como la Confesión de Filadelfia) y la Declaración de fe de la Iglesia Bautista del Sur. En todas estas fuentes no existe ni un solo rastro de la creencia de que existan tres clases de hombres. Todas ellas tienen mucho que decir sobre la carnalidad en el cristiano, y sobre la doctrina bíblica de la santificación y su relación con la justificación, pero no hay la más mínima posibilidad de dividir al hombre en las categorías de “no regenerado”, “carnal” y “espiritual”. Creo que si las fuentes que he enumerado se hubieran encontrado alguna vez con la teoría del “cristiano carnal” hubieran advertido a una voz a sus lectores: “No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas” (Hebreos 13:9).

Confieso que me causa una gran tristeza tener que tomar una posición en esta controversia. Aunque la enseñanza que quiero combatir es tan relativamente

nueva en la Iglesia, son tantos los buenos cristianos que la apoyan y tantas las escuelas respetables y buenas que la enseñan hoy en día, que solo me resta acercarme a esta labor con cautela y ansiedad.

Vivimos en un tiempo en que existen tantos libros y tanta variedad de enseñanza sobre la vida cristiana que los cristianos “son echados de un lugar a otro” y corren el peligro de ser “llevados por doquiera de todo viento de doctrina” (Efesios 4:14). También existe el amor ateniense a las cosas nuevas y una falta de interés en las viejas, probadas, y trilladas sendas de nuestros antepasados. Este amor excesivo a lo nuevo lleva a un deseo insaciable de cualquier enseñanza que sea sensacional y excitante, especialmente aquellas que apelan a nuestros sentimientos. Pero los viejos senderos llevan a ese “espíritu afable y apacible” que el apóstol Pedro alaba: “el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 Pedro 3:4).

EL PUNTO CONTROVERSIAL

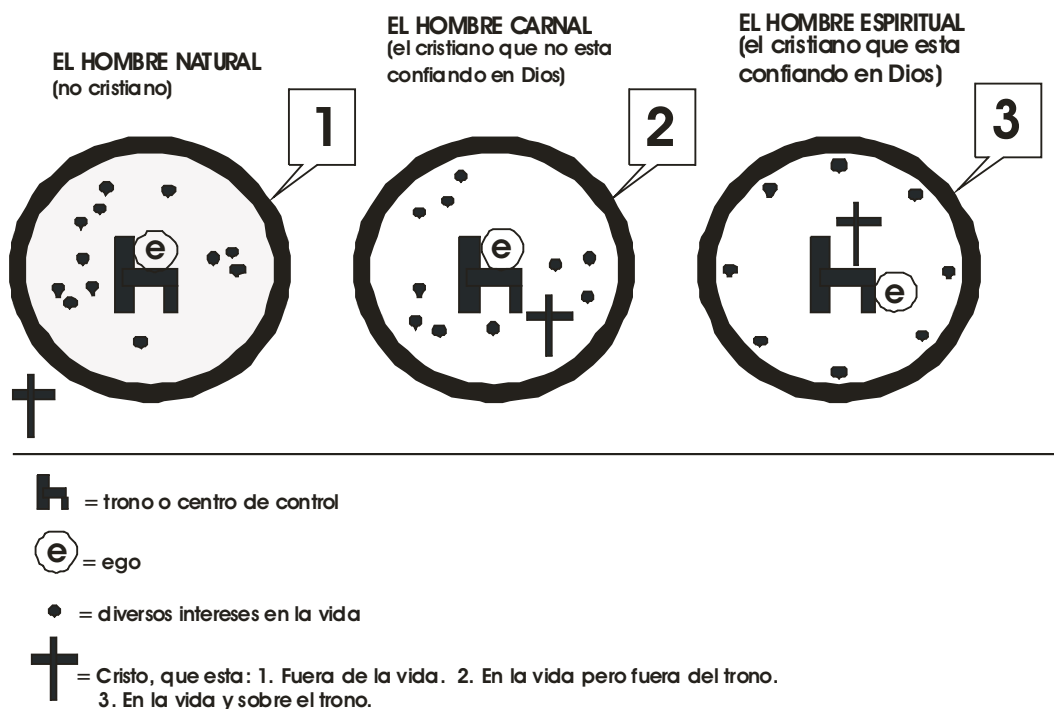
En un servicio al que asistí hace poco, el predicador, un ministro sincero, estaba predicando sobre 1 Corintios 3, y dijo a la gran congregación: “Ahora, cuando usted se convierte tiene otra alternativa – creer en la gracia, seguir al Señor y convertirse en un cristiano espiritual, o permanecer siendo un bebe en Cristo y vivir como el hombre natural.” Usó 1 Corintios 3:1-4 para aseverar que existen tres categorías de hombres: el hombre *natural*, el hombre *espiritual* y el hombre *carnal*. Definió el hombre carnal como aquel que es como el hombre natural, no convertido.

Esta es la esencia de la enseñanza del “cristiano carnal”. Unas de las razones por las cuales esta enseñanza se ha difundido tanto es que por muchos años se ha popularizado a través de la *Biblia de Referencia de Scofield*. Una de las aseveraciones que aparecen en estas notas indica de forma precisa la naturaleza de esta enseñanza: “Pablo divide a los hombres en tres clases: “natural”, es decir, el hombre adámico, no regenerado a través del nuevo nacimiento; “espiritual”, es decir, el hombre nacido de nuevo que anda en el Espíritu, esta lleno del Espíritu y en plena comunión con Dios; y el hombre “carnal”, es decir, el hombre renovado que al “andar en la carne” sigue siendo un bebe en Cristo”.

Es muy importante observar los dos puntos centrales de esta nota de Scofield. Primero, la división de los hombres en tres clases; segundo, se nos dice que una de estas tres clases de hombres contiene los “carnales”, los “bebés en Cristo” que “andan en la carne”. “Andan” implica la *inclinación* de sus vidas; su inclinación o predilección es en una dirección, esto es, hacia la carnalidad.

Una de las representaciones más comunes de esta posición aparece en algunos trataditos como éste:

“Después que usted ha invitado a Cristo a entrar en su vida, es posible que usted vuelva a tomar control del trono de su vida. El pasaje del Nuevo Testamento de 1 Corintios 2:14-3:3 identifica tres tipos de personas:



No hay nada que discutir sobre el primer círculo que representa al inconverso. Note la posición del Ego, indicando que la persona está sentada en el trono. El hombre natural está centrado en sí mismo: sus intereses están controlados por su propio ser. Ahora compare este círculo con el segundo, la única diferencia es que aparece una cruz (que representa a Cristo), aunque no está sentado en el trono. En ambos círculos aparecen lo mismos puntitos, indicando que no ha habido una reorganización o cambio básico en la naturaleza y el carácter de la persona. Eso quiere decir, que la inclinación de la vida del “cristiano carnal” es la misma que la del inconverso. El círculo dos nos da básicamente la misma visión que el círculo uno, con la única diferencia de que el “cristiano carnal” ha hecho una profesión de fe. Pero no está “confiando en Dios”.

Una breve observación del diagrama y su interpretación de 1 Corintios 3:1-4 nos mostraría que ésta es una presentación acertada de lo que anteriormente encontramos en las notas de la Biblia de Scofield.

No debemos ignorar tres factores salientes e importantes de la enseñanza:

Primero, notamos nuevamente que divide a todos los hombres en tres clases o categorías. Ninguno de los que proponen esta teoría están en desacuerdo en cuanto a esto, aunque su presentación y la aplicación que de la teoría en sí sea diferente.

En segundo lugar, una clase o categoría contiene al “cristiano” que “anda en la carne”. El centro de su vida es él mismo y es igual que un inconverso en cuanto a la inclinación de su vida.

En tercer lugar, todos los que aceptan este punto de vista usan como apoyo el texto de 1 Corintios 3:1-4. En consecuencia, si se puede establecer que la mayor parte de la Escritura enseñan que existen solo dos categorías o clases de hombre, regenerado y no regenerado, convertido e inconverso, aquellos que están en Cristo y aquellos que están fuera de Cristo, la enseñanza del “cristiano carnal” será confrontada con una objeción insuperable. Estaría en conflicto con el énfasis completo de la Escritura, y del nuevo Testamento en particular.

Antes de enfocar nuestra atención en algunos de los errores y peligros de la enseñanza del “cristiano carnal” es sabio indicar lo que no quiero decir.

En esta discusión sobre la teoría del “cristiano carnal”, no estoy pasando por alto la enseñanza de la Biblia sobre el pecado remanente en los cristianos, ni sobre los bebés en Cristo, ni sobre el crecimiento en la gracia, ni sobre los cristianos que se desvían de forma penosa, ni sobre el castigo divino que recibe todo cristiano.

Reconozco que hay bebés en Cristo. De hecho, no solo hay bebés en Cristo, sino que hay diferentes grados de “infancia” en la comprensión de las verdades divinas y en el crecimiento espiritual.

También reconozco que hay un sentido en el cual los cristianos pueden llamarse carnales, pero debo añadir que hay diferentes grados de carnalidad. Cada cristiano es carnal en algún área de su vida en muchos momentos de su vida. Y en cada cristiano “la carne se opone al Espíritu” (Gálatas 5:17).

Las marcas del cristianismo no se hacen patentes de igual forma en todos los cristianos. Tampoco es cierto que esas marcas se manifiestan en un mismo grado durante cada periodo de la vida del creyente. El amor, la fe, la obediencia, y la devoción varían en un mismo cristiano en los diferentes periodos de su experiencia cristiana; en otras palabras, hay muchos grados de santificación.

El progreso en el crecimiento del cristiano no es constante y sin interrupciones. Hay muchos valles y colinas en el proceso de la santificación; y hay muchos tropiezos, caídas, y pasos torcidos en el proceso del crecimiento de la gracia.

En la Biblia hay ejemplos de penosas caídas y de carnalidad en la vida de creyentes verdaderos. Así que tenemos las mismas advertencias y promesas de juicio temporal y de castigo por parte de nuestro Padre celestial.

Reconozco todas estas verdades y ellas no son el punto focal de la presente discusión. La pregunta que debemos considerar es esta: ¿Divide o no la Biblia a los hombres en tres categorías? Este es el corazón de la enseñanza del “cristiano carnal”.

LA ENSEÑANZA A LA QUE ME OPONGO PRESENTA NUEVE SERIOS PROBLEMAS:

1. El uso inadecuado de 1 Corintios 3.

En primer lugar: Esta doctrina del “cristiano carnal” depende de una interpretación y aplicación errónea de 1 Corintios 3:1-4, “De manera que yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo... ¿No sois carnales?” Para comprender el verdadero significado de estas palabras debemos recordar que 1 Corintios no es una Epístola doctrinal primariamente. Como toda la Escritura, contiene enseñanzas doctrinales, pero no fue escrita - como la Epístola a los Romanos - para sentar bases doctrinales. La preocupación de Pablo para escribir esta epístola fue lidiar con los problemas prácticos de una iglesia joven. En el tercer capítulo y con anterioridad a él, Pablo está lidiando con los peligros de división que surgieron de la estima equivocada de aquellos de quienes ellos escucharon el Evangelio. Estaban poniendo sus ojos en segundas causas y olvidando a Dios, a quien le pertenece toda la gloria. En lugar de decir: “somos discípulos de Cristo” y reconocer su unidad en Él, estaban formando partidos y diciendo: “somos de Pablo porque él fundó la iglesia en nuestra ciudad”; o “Apolos es más elocuente que Pablo y nos edifica más”, o “Somos de Pedro”. De esta manera se formaron partidos opuestos.

Es importante notar que todo el contexto trata principalmente de este problema de la división. Sin embargo, el mismo tiene una raíz común a todos los otros problemas en 1 Corintios - el defraudarse los unos a los otros, el desorden en la cena del Señor, etc. Todos los problemas eran resultados de la carnalidad, la consecuencia de ese principio remanente de pecado en todos los creyentes, que Pablo describe en Romanos 7:21-23: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se revela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.”

Al tratar de comprender lo que Pablo piensa de aquellos a quienes se dirige en 1 Corintios 3, debemos tener en mente el destino que les da en el capítulo 1. El dice que son “santificados en Cristo Jesús”, que son recipientes de la “gracia de Dios”, enriquecidos por Cristo “en toda palabra y en toda ciencia” (1:2-5). Los reprende en el capítulo 3, no porque no alcanzaron los privilegios de algunos cristianos, sino por actuar, a pesar de sus privilegios, como niños y como inconversos *en un área de sus vidas*.

Es muy diferente decir que el apóstol reconoce aquí que existe un grupo específico de cristianos que se pueden llamar “carnales”. Cuando Pablo habla de clases, sólo conoce dos, como se ve claramente en el capítulo 2 de esta misma epístola, donde divide los hombres en “naturales” y “espirituales” diciendo: “pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie” (1 Corintios 2:14,15). Bajo el término *natural*, el apóstol incluye todas aquellas personas que no participan del Espíritu de Dios. Si el Espíritu de Dios no les ha dado una nueva y más alta naturaleza, permanecen siendo lo que eran por nacimiento natural, es decir, hombres *naturales*.

El *espiritual* puede que sea niño en la gracia y niño en el conocimiento. Su fe puede ser frágil. Su amor puede estar en capullo y sus sentidos espirituales pueden estar poco ejercitados, sus faltas pueden ser muchas; pero si “la raíz del asunto” está en ellos y si han pasado de muerte a vida – si han pasado de la región de la naturaleza a aquella que está más allá de la naturaleza – Pablo los coloca en otra clase. Todos son hombres espirituales aunque en algunos aspectos de su comportamiento no parezcan serlo temporalmente.

Ciertamente estos cristianos de Corinto no eran perfectamente santos, como sucede con todos los cristianos a un grado mayor o menor. Pero Pablo no está diciendo que se caracterizan por la carnalidad en todas las áreas de sus vidas. No está exponiendo una doctrina general de carnalidad, sino que reprueba un florecimiento *específico* de la carnalidad a un aspecto específico. Cuando Pablo dice una verdad fundamental con respecto a la posición de todos los cristianos lo dice con palabras como: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” y para todos los que están “en Cristo” también es cierto que “las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17). No hay lugar para dos clases de cristianos en la epístola de Pablo a la iglesia de Corinto, y ciertamente no lo hay en ninguna parte de la enseñanza de la Escritura. Interpretar en 1 Corintios 3:1-4 de esa forma y dividir a los hombres en tres clases es violar una regla cardinal de la interpretación de la Escritura, es decir, que cada pasaje debe interpretarse a la luz de la Escritura completa. Unos de los padres de la iglesia decía con mucha sabiduría: “Si solo tienes una porción de la Escritura en que basar una enseñanza o doctrina importante, lo más seguro es que te encontrarás con que no existe al examinarla con detenimiento”.

1. Las bendiciones del Nuevo Pacto están separadas.

Segundo: La enseñanza del “cristiano carnal” divide las dos bendiciones básicas del nuevo pacto porque niega que todos los verdaderos cristianos experimenten una de ellas. Permítame señalar cuan básico es el pacto para la cristiandad. Jesús era el mediador del nuevo pacto (Hebreos 8:6-10): “Pero ahora tanto mejor ministerio es el suyo, cuanto es mediador de un mejor pacto, establecido sobre mejores promesas”.

Los predicadores del Nuevo Testamento eran *ministros del nuevo pacto* – 2 Corintios 3:5,6: “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto; no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica.”

Cada vez que venimos a la mesa del Señor recordamos *las bendiciones del nuevo pacto* - Lucas 22:20: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre...”

Estos textos son suficientes para establecer la importancia del nuevo pacto. Pero, ¿Cuáles son las dos bendiciones del nuevo pacto? La respuesta se ve claramente en muchas aseveraciones escriturales: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de

Judá... Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón... perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.” (Jeremías 31:31-34).

“Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.” (Ezequiel 36:24-27).

“Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo, porque después de haber dicho: Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré, añade: y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:15-17).

Es importante notar que este es un pacto con dos partes inseparables – *el perdón de pecados y un corazón transformado*. Cuando un pecador se reconcilia con Dios algo sucede en el registro celestial, la sangre de Cristo cubre sus pecados. Por lo tanto, la primera bendición es el perdón de pecados. Pero al mismo tiempo algo sucede terrenalmente en el *corazón*, se le da una nueva naturaleza.

De los pasajes mencionados más arriba también aprendemos que Cristo compró los beneficios y las bendiciones del nuevo pacto. Y las Epístola a los Hebreos nos recuerda que el Evangelio que los apóstoles predicaron como el Evangelio de Cristo fue el Evangelio del nuevo pacto. Por lo tanto, aunque los pecadores reciban cualquier otra cosa cuando se les llama a salvación por medio del Evangelio, primero reciben las bendiciones primarias del nuevo pacto, es decir, el perdón de pecados y un nuevo corazón.

¿Cuál es el perdón de pecados? Es una parte esencial de la justificación de un hombre ante Dios. ¿Y que es un nuevo corazón? No es nada menos que el principio de la santificación. Pero la enseñanza del “cristiano carnal” apela a aquellos que supuestamente han sido justificados, como si un nuevo corazón y una nueva vida fueran opcionales. Se habla de la santificación como si pudiera ser subsecuente al perdón de pecados, y por eso hay personas que creen que están justificadas aunque no están siendo santificadas.

La verdad es que no tenemos ninguna razón para creer que la sangre de Cristo ha cubierto nuestros pecados en el registro celestial si el Espíritu no ha cambiado nuestros corazones en la tierra. Estas dos grandes bendiciones se unen en un solo pacto. El trabajo del Espíritu y la limpieza por medio de la sangre de Cristo están unidas inseparablemente en la aplicación de la salvación de Dios. De ahí que la enseñanza que llama a un acto de sumisión o rendición (o cualquier otra forma como se pudiese llamar) después de la conversión para que el convertido pueda vivir una vida espiritual, corta el nervio de vida del nuevo pacto. Separa lo que Dios a unido.

1. No se distingue entre la fe salvadora y la fe espúrea.

El tercer error es que esta enseñanza no distingue entre la creencia verdadera y salvadora y la creencia espúrea que se menciona en los siguientes pasajes: “Muchos creyeron en su nombre... pero Jesús mismo no se fiaba de ellos” (Juan 22:23,24). “Muchos creyeron en Él, pero a causa de los fariseos no lo confesaban” (Juan 12:42,43). “Pero éstos no tienen raíces, creen por algún tiempo” (Lucas 8:13). Simón el mago “creyó” y fue bautizado pero su corazón no “era recto a los ojos de Dios” (Hechos 8:12-22). En otras palabras, era “creencia” sin un corazón transformado, y debido a que ésta era la condición de Simón, Pedro le dijo que perecería a menos que viniera al verdadero arrepentimiento: estaba en “hiel de amargura y en prisión de maldad” (v.23). Y la evidencia de que Simón el mago era inconverso se puede ver en su oración. Él, como toda la gente inconversa, sólo estaba preocupado por las *consecuencias* del pecado y no pidió que lo perdonaran y lo limpiaran de la impureza del pecado. “Rogad” le dijo a Pedro “por mi al Señor, para que nada de esto que habéis dicho venga sobre mí”. Tal y como lo hacen los “cristiano carnales”, quería a Jesús como una especie de póliza de seguro contra el infierno, pero no pidió que lo librasen del pecado.

En todos los ejemplos escriturales los hombres “creyeron”; tenían “fe”, pero no era fe salvadora. Y todos lo “cristianos carnales” profesan su fe, pero no siempre es una fe salvadora.

Charles Hodge, siguiendo las Escrituras, hace una distinción entre los diferentes tipos de fe: (1) fe especulativa o muerta, (2) fe temporal, (3) fe salvadora.

Robert Dabney diferencia entre (1) fe temporal, (2) fe histórica, (3) fe milagrosa y (4) fe salvadora.

La enseñanza del “cristiano carnal” no permite ninguna de estas distinciones, da muy poco o pequeño reconocimiento a la posibilidad de que sea una creencia espúrea, y en vez de eso da por sentado que todos los que dicen que “han invitado a Cristo a su corazón” poseen una fe salvadora. Si estos creyentes profesantes no viven y actúan como cristianos, sus maestros pueden muy bien decir que es porque no son “cristianos espirituales”. La verdad es que puede que no sean creyentes.

2. La omisión del arrepentimiento.

Una cuarta falla en la enseñanza del “cristiano carnal” yace en la virtual exclusión del arrepentimiento en la experiencia de la conversión. Esto queda implícito en la sugerencia de que el “cristiano carnal” no ha cambiado en la práctica, sino que actúa y vive tal como lo hace el hombre natural. Esta enseñanza obviamente aparece en el diagrama presentado anteriormente, en el cual el “yo” todavía está sentado en el trono, en el caso de aquellos que pertenecen al segundo grupo. Pero sugerir que el arrepentimiento, incluyendo una actitud cambiada hacia el pecado, no es una parte esencial de la conversión es un error muy grande. Es alejarse del Evangelio apostólico. Nadie que minimice de esa forma la necesidad

del arrepentimiento puede decir junto con Pablo: “Y como nada que fuese útil he rehuido de anunciaros y enseñaros, públicamente y por las casa, testificando a judíos y a gentiles acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe de nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:20,21).

John Cotton, uno de los líderes puritanos de Nueva Inglaterra, tenía razón cuando escribió: “No hay nadie bajo el pacto de la gracia que se atreva a permitirse cualquier tipo de pecado; ya que si un hombre negligente cometiere cualquier pecado, el Señor le instruirá completamente y le hará aprender tristemente cómo se ha atrevido a jugar con los tesoros de la gracia de Dios. *¿Entonces, continuaremos pecando para que la gracia abunde? En ninguna manera:* Nadie que tenga parte en la gracia de Dios se atreve, por tanto, a permitirse pecar; pero si por la fuerza de la tentación se apartare en cualquier momento, su carga sería más pesada.”

1. Enseñanza errada sobre la seguridad de salvación.

En quinto lugar, la teoría de las tres clases tiende a dar seguridad de salvación a aquellos que nunca se han convertido. Cuando una persona profesa pertenecer a Cristo y sin embargo vive como lo hace el mundo, ¿cómo sabemos si su profesión es genuina? ¿Cómo sabemos si no lo es? ¡No lo sabemos! Siempre hay dos posibilidades: puede ser un verdadero cristiano que está desviándose del buen camino, o es muy posible que nunca se haya unido a Cristo para salvación. Sólo Dios lo sabe. Por lo tanto, cuando hablamos de alguien descarriado debemos evitar dos errores: (1) Afirmar categóricamente que no es cristiano, (2) afirmar categóricamente que es cristiano. El hecho es que no lo sabemos, ¡no podemos saberlo!

La Biblia ciertamente enseña que es una perversidad hacer que un hombre se considere cristiano cuando en realidad no lo es, y como la teoría del “cristiano carnal” permite que exista toda una categoría de “cristianos” cuyas vidas no están rendidas en obediencia a Cristo, tiende a promover esa misma perversidad. Nada podría ser más peligroso. Detrás de esta teoría muchas veces se encuentran almas escondidas, perdidas y engañadas en sus razonamientos, que deberían estar clamando a Dios por ese cambio sobrenatural que se hace visible para ellos mismos y para el mundo por medio de un corazón y una vida transformados. Mientras la sigan creyendo no buscarán la verdadera salvación. ¡Aunque profesan creer la verdad del evangelio, su posición es mucho peor que la del hombre natural que sabe que no es convertido!

La enseñanza del “cristiano carnal” ignora muchas de las enseñanzas bíblicas sobre la seguridad de salvación, especialmente aquellas partes que muestran que el carácter y la conducta cristiana están íntimamente relacionados con la seguridad de salvación. La breve Primera Epístola del Apóstol Juan se escribió para que aquellos que creen, sepan que tienen vida eterna; es decir, para que sepan que han nacido de Dios (5:13). Toda la Epístola de Juan recalca las marcas que acompañan al nuevo nacimiento (3:9; 5:8). El muestra que un hombre nacido de nuevo no se siente a gusto en el reino del pecado, y que la desobediencia a los mandamientos de Dios *no puede* ser la tendencia en la vida cristiana, como nos llevaría a pensar

la teoría del “cristiano carnal”, “Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo, y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (5:4). “Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él” (2:3-5).

En textos como estos queda claro que la obediencia está íntimamente ligada a la seguridad de salvación; si no vivimos y practicamos la justicia, no tenemos ninguna razón para pensar que hemos “nacido de Dios.”

Asimismo, Jesús dijo: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor” (Juan 15:10); no dice “para ser un cristiano espiritual, guarda mis mandamientos”, ya que la obediencia es para *todos* los discípulos. “Seguid la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Heb. 12:14). “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia, y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que *le obedecen*” (Heb. 5:8,9). “Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: sed santos, porque yo soy santo” (1 Pedro 1:15,16).

La Biblia expresa cristalinamente claro que hay una relación cercana entre la obediencia y la seguridad de salvación; pero la enseñanza del “cristiano carnal” da seguridad de salvación a aquellos que se sienten como en su casa en el reino del pecado. Son clasificados como *cristianos*. Muchas veces ésta es una seguridad falsa y maldita porque en realidad no tienen ninguna razón bíblica para pensar que son cristianos.

1. Una visión distorsionada del Pecado.

Sexto: Los frutos de esa enseñanza no son nuevos para la cristiandad, aunque ahora se presentan con una máscara diferente. Es la vieja doctrina del antinomianismo. Pablo la ataca en Romanos 6:1,2 cuando pregunta: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera...” Por deducción, la respuesta que da la enseñanza de las tres categorías a la pregunta de Pablo es: “Sí, puedes continuar en pecado y ser un cristiano carnal”. Y eso es antinomianismo.

2. Se hace necesaria una segunda obra de gracia.

Séptimo: la enseñanza del “cristiano carnal” es la madre de muchos errores relacionados con la supuesta necesidad de una segunda obra de gracia, por el hecho de que rebaja la experiencia de la conversión bíblica al implicar que el cambio del pecador convertido significa poco o nada. Continúa diciendo que *el* cambio importante que afecta el carácter y la conducta de un hombre es el segundo paso que lo convierte en un “cristiano espiritual”.

1. Una imagen equivocada de Cristo.

Octavo: la enseñanza del “cristiano carnal” también es la madre de una de las enseñanzas más destructivas para el alma que existe en la actualidad. Da a entender que puedes tomar a Jesús como tu Salvador y sin embargo considerar la obediencia a Su señorío como algo *opcional*. Cuantas veces se le pide al así llamado “cristiano carnal” que coloque a Jesús en el trono y “lo haga Señor”. Cuando acepten a Jesús como Señor, se les dice, dejarán de ser “cristianos carnales”. Pero esa enseñanza es completamente foránea al Nuevo Testamento. Cuando nuestro Señor apareció en forma humana en la historia, los ángeles anunciaron su venida con las palabras, “que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es CRISTO el Señor” (Lucas 2:11). No puede ser dividido. El Salvador y el Señor son uno solo. Cuando los apóstoles predicaban, proclamaban a Cristo como Señor. El someterse a Su señorío nunca se presenta en la Biblia como un segundo paso para la consagración. “Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús” (2 Cor. 4.5).

Cuando los pecadores le reciben de veras, sí lo reciben como Señor. “Por tanto, de la manera que habéis recibido al *Señor* Jesucristo, andad en Él” (Colosenses 2:6).

Matthew Henry, en su introducción al Evangelio según Mateo, dice: “Toda la gracia contenida en este libro se debe a Jesucristo como nuestro Señor y Salvador, y a menos que consintamos en que sea nuestro Señor no podemos esperar ningún beneficio de Él como nuestro Salvador”.

Charles Haddon Spurgeon advirtió a sus estudiantes: “Si un creyente profesante declara específica y deliberadamente que sabe cuál es la voluntad del Señor pero que no pretende hacerle caso, es tu responsabilidad asegurarle que no es salvo. No suponga que el Evangelio se magnifica o Dios se glorifica cuando decimos a los mundanos que pueden ser salvos en este momento simplemente con aceptar a Cristo como su Salvador, mientras sus corazones siguen aferrados a sus ídolos y amando el pecado. Si les digo esto, estoy mintiendo, pervirtiendo el Evangelio, insultando a Cristo y convirtiendo la gracia de Dios en lascivia”.

A este respecto es importante notar como los apóstoles predicaban el señorío de Cristo. La palabra “Salvador” aparece solamente dos veces en el libro de los Hechos de los Apóstoles (5:31; 13:23). Sin embargo el título “Señor” se menciona 92 veces, “Señor Jesús” 13 veces y “Señor Jesucristo” 6 veces en el mismo libro. El Evangelio es: “Cree en el *Señor* Jesucristo y serás salvo”.

La enseñanza del “cristiano carnal” es lo que da lugar a esta enseñanza errónea del Cristo divino. Cuando Pedro predicó lo que podríamos llamar el primer sermón luego de la ascensión del Señor, dejó claramente explícito que no somos nosotros quienes hacemos Señor a Cristo: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36). ¡Dios lo ha hecho Señor! “Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven” (Romanos 14:9). Y la misma gracia que salva trae a los pecadores al

reconocimiento de este hecho. Pero la enseñanza de las tres categorías invita al “cristiano carnal” a hacer a Cristo, Señor y convertirse en cristianos espirituales. Nuevamente vemos que esto convierte nuestra aceptación del señorío de Cristo en algo adicional a la salvación, cuando, de hecho, reconocerlo a Él como Señor es parte integral y necesaria de la conversión. A. A. Hodge escribió:

“No puedes tomar a Cristo para justificación a menos que los tomes para santificación. Piensa en el pecador viniendo a Cristo para decirle: “No quiero ser santo”; “No quiero ser salvo del pecado”; “Quiero ser salvo en mi pecado”; “no me santifiques ahora, pero sí justifícame”. ¿Cuál sería la respuesta del Señor? ¿Podría ser aceptado por Dios? Pretender separar la justificación de la santificación es como separar la circulación de la sangre de la inhalación de aire. La respiración y la circulación son dos cosas diferentes, pero no se puede tener una cosa sin la otra; van juntas y constituyen una vida. Así son la justificación y la santificación; van juntas y constituyen una vida. Si alguna vez alguien tratara de recibir a Cristo con justificación pero sin santificación, no lo lograría, ¡gracias a Dios! No estaría más justificado que santificado”.

1. Falsa espiritualidad.

Noveno: Esta enseñanza lleva al fariseísmo de los así llamados “cristianos espirituales” que han llenado algunos criterios de espiritualidad determinados por el hombre. No deberían haber “cristianos espirituales”, así como no deben haber “súper espirituales”. George Whitefield, un hombre que vivió cerca de su Salvador, oró durante toda su vida diciendo: “permíteme comenzar a ser cristiano”. Y otro cristiano ha dicho con mucha verdad: “En la vida del cristiano más perfecto hay cada día una nueva ocasión para el aborrecimiento de sí mismo, para el arrepentimiento, para aplicar nuevamente la sangre de Cristo, para aplicar el reavivamiento del Espíritu Santo”.

Conclusión

El efecto de creer la verdad expresada en estas páginas debe ser que deseemos ver más evangelismo verdadero.

La enseñanza del “cristiano carnal” es, después de todo, la consecuencia de un evangelismo hueco, centrado en el hombre, en el cual se buscan decisiones a cualquier precio y utilizando cualquier método. Cuando aquellos que dicen ser convertidos no actúan como cristianos, no aman lo que los cristianos aman ni odian lo que los cristianos odian, y no sirven a Cristo voluntariamente en su Iglesia, se debe encontrar otra explicación que la de llamarlos a “decidirse” por Cristo. Ya lo han hecho y ya el predicador o el evangelizador personal los ha declarado “cristianos”. Pero cuando no actúan como cristianos algo anda mal. ¿Qué es? La enseñanza que he tratado de refutar dice que el problema es que son sólo “cristianos carnales”; no han hecho a Cristo “Señor” de sus vidas; no le han

permitido ocupar el trono de sus corazones. Una vez se comprende que esta enseñanza es antibíblica también se comprenderá que está íntimamente relacionada con el error inicial cometido al evangelizar. Muchas veces, el evangelismo moderno sustituye la “decisión” por el arrepentimiento y la fe salvadora. El perdón se predica sin la verdad igualmente importante de que el Espíritu de Dios debe cambiar el corazón. Como resultado, se da el mismo trato a las decisiones y a las conversiones, aunque no haya evidencia de una obra sobrenatural en la vida de las personas.

Ciertamente la mejor forma de terminar este mal es orar y luchar por la restauración del evangelismo del Nuevo Testamento. Cuando se lleva a cabo este tipo de evangelismo, tenemos la seguridad de que los hombres aprenderán que no es suficiente *profesar* ser cristianos, y que no es suficiente *llamar* a Jesús “Señor, Señor” (Lucas 6:46).

El Evangelio predicado en poder despertador llevará a los hombres a no descansar hasta tener evidencia bíblica de que han nacido de Dios. Esto preocupará a aquellos que, sin una buena razón, creían que ya eran cristianos y mostrará a los descarriados que mientras permanezcan en esa condición existe la posibilidad de que nunca fueran creyentes. Comprender la voluntad de Dios traerá nuevas profundidades de compasión y urgencia a los corazones del pueblo de Dios en este mundo caído.

Uno de los mayores impedimentos para recobrar este tipo de predicación es la teoría que acabamos de considerar. Rechazar esa teoría es ser traído de nuevo a un punto de partida en el evangelismo y a un nuevo entendimiento de la vida cristiana. Es traer la obra de Dios al centro de nuestro pensamiento. Es ver de nuevo que solo hay dos alternativas, la vida natural o la vida espiritual, el camino ancho o el estrecho, el Evangelio “sólo de palabra” o el evangelio “en poder, en el Espíritu Santo” (1 Tes. 1:5), la casa en la arena o la casa en la roca.

No hay certeza más segura que esta: un corazón no transformado y una vida mundana llevará a los hombres al infierno. “Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia” (Ef. 5:6).

No es solo el mundo de hoy el que necesita el evangelio. También la Iglesia lo necesita.
